

CARLOS F. MACHALE

Eutrapelia lexicológica

"Ridentem dicere verum, quid ve-
tat?—Horacio.

LAS CHUSCADAS Y GROSERIAS DEL DICCIONARIO
OFICIAL

Separado de la Revista «Atenea» publicada por la Univer-
sidad de Concepción. Tomo CIX, Marzo de 1953

C A R L O S F . M A C H A L E

Eutrapelia lexicológica

"Ridentem dicere verum, quid vetat?—Horacio.

LAS CHUSCADAS Y GROSERIAS DEL DICCIONARIO
OFICIAL

Separado de la Revista «Atenea» publicada por la Universidad de Concepción. Tomo CIX, Marzo de 1953

Preámbulo



ENTRE las cosas singulares que ocurren en esta endiablada Nueva York, no será la más extraordinaria que haya en ella quien alivia las pesadumbres de la atropellada vida que aquí se lleva, tratando de mejorar el Diccionario Oficial de la lengua española; pero no deja por eso de ser rara. Me han ofrecido llevar al cine o a la televisión esta extraña afición mía; pero no he visto cómo, sin fantasear y sin artificio, se podría hacer tal cosa para conseguir el resultado que las empresas persiguen.

Bueno, cada uno con su gusto, aunque algunos merezcan palos. El mío es el de señalar los errores y flaquezas del Diccionario, no descortésándole los huesos y enterrándole la fama, como han hecho otros, sino señalando con paciencia a quienes cuidan de su

salud los defectos que en él he ido encontrando y el remedio que a mi parecer se debe aplicar al mal.

No se puede, sin embargo, meter uno en estas honduras y hacer públicas las incorrecciones de una obra tan importante, sin que sus juicios sean impugnados. Se ha producido así una controversia —desparramada en libros y artículos que muy pocos habrán leído— semejante a un torneo entre un gigante y un pigmeo. Ni que decir tiene que soy yo este último, y he de empezar por reconocer mi atrevimiento al contestar la crítica del ilustre académico que se dignó ocuparse de mis modestos trabajos. Bueno es que diga, además, que tengo para con él todo el acatamiento que su saber y alto puesto merecen y que soy el primero en esperar que su gran diligencia y reconocida habilidad produzcan óptimos frutos.

En un escrito rebatí ya la crítica del señor don Julio Casares, Secretario perpetuo de la Academia Española, a mis observaciones sobre la germanía léxica; en otro me ocuparé del problema de los americanismos del Diccionario, tema muy importante para la salud de dicha obra; en éste trataré de los vocablos, dichos y refranes indecorosos que cobija el Léxico, refiriéndome a los reparos que el señor Casares puso a ciertas observaciones mías. Persigo con esto el propósito de incitar a la Academia una vez más —ya que en su seno vemos hoy manifestaciones de buen auspicio— para que ponga remedio a los males que padecen sus diccionarios vulgar y manual.

Algunos despropósitos

En un librito en que señalé muchas de las incorrecciones que he hallado en el Diccionario Oficial (*), dedicaba un capítulo especial, el XVI, a las cosas chuscas y peliagudas. En él traje a cuento y discusión algunos de los despropósitos vitandos que había encontrado en artículos como *perro*, *pezón*, *pedorrera*, *puto*, *súcubo*, *búfalo*, *culo*, etc. Me refería a la edición décimo quinta; en la décimo-

(*) El libro del idioma, Madrid, 1934.

séptima todo esto sigue igual, a excepción del artículo *búfalo*, que ha sido totalmente reformado. Brindé a mi salud el día que descubrí el cambio; pero, ¡por vida del chápiro, que es lenta la convalecencia del pobre Diccionario!

Al tratar de las cosas excusables que registra el Léxico, decía yo en la página 72 de mi citada obrita:

“Tenemos fama, la gente de habla española, de ser bastante
“suelos de lengua, y es lástima que esta generalizada creencia
“encuentre, al menos en parte, buena comprobación en el Léxico.
“De más sabemos que muchos de los vocablos y expresiones a que
“me refiero han sido incluídos por ser más o menos frecuentes en
“nuestra literatura clásica; pero esa razón no destruye la deduc-
“ción que se hará si se comparan en este terreno nuestros diccio-
“narios con los de otras lenguas. Repito que no me espantan las
“palabras feas, pero creo que debiera haber más miramiento en
“cuanto a inclusión de voces, acepciones y refranes más o me-
“nos groseros, y más circunspección en ciertas definiciones
“sobre todo cuando se trata de los diccionarios que usa el
“vulgo... Después de todo, la catalogación de una voz de
“mal tono es tolerable si se explica mesuradamente, como si
“se tratara de hacer reír a saltabardales y niños traviesos, no es-
“tá bien. Grandemente sorprende a los extranjeros que han apren-
“dido nuestra lengua el tropezar a menudo en nuestros dicciona-
“rios con palabras y dichos más o menos corrientes en boca de
“nuestra gente ligera de lengua. Desde el punto de vista extranje-
“ro, que indudablemente debemos tomar en cuenta, la presencia
“de dichas dicciones en el Léxico es verdaderamente insólita.
“... Por ejemplo, colgando como racimo del sinónimo vulgar de
“defecar hay nada menos que dieciséis derivados. Piénsese en la
“sorpresa que esto causará a un inglés, que no encuentra ni uno
“de esos vocablos, ni el verbo, siquiera, en su diccionario. A pro-
“pósito del aludido verbo, en el artículo *niño* encontramos el re-
“frán: “*Quien con niños se acuesta, cagado amanece...*”

Al comentar el señor Secretario perpetuo de la Academia el contenido de mi libro en su obra *El idioma como instrumento y el diccionario como símbolo* (Madrid, 1944), defiende la inclusión de lo que yo consideraba excusable y refiriéndose a las voces de germanía y a las palabras indecorosas, dice en la página 39, lo siguiente:

“Lástima da pensar que nuestro crítico haya pasado esos malos ratos, cuando tan fácil le habría sido evitarlos e ilustrar, en vez de dejar en la ignorancia, a cualquier extranjero inquisitivo”. (¡No deja de tener gracia la cosa! Como si mi misión fuese andar por el mundo disculpando a la Academia). “En primer lugar los vocablos de germanía no son las únicas palabras feas que están, y no pueden faltar, en los diccionarios. En nuestro bajo mundo existen por desgracia, materias repulsivas, órganos innobles, imperativos fisiológicos, vicios abyectos, mujeres frágiles, maridos engañados... y todas estas cosas tienen denominaciones precisas que todos conocemos, aunque la educación nos impida emplearlas en el trato cortés. Un repertorio del idioma no puede prescindir por completo de tales términos, muchos de los cuales aparecen en obras literarias y científicas, y suelen, por cierto, ser casticísimos y de rancio abolengo; pero el hecho de registrarlos no equivale en manera alguna a recomendar su empleo cuando éste puede evitarse”.

Falto de solidez es este argumento; pero como salido de pluma tan prominente y autorizada, habrá convencido a muchos. Está, además, expresado en terminantes y sonoras palabras, que, al parecer, no tienen réplica. Estos son precisamente los juicios más peligrosos, porque convencen a muchos lectores, como la luz de la lámpara a la incauta mariposa.

¿Ha pensado el señor lector?

Es evidente que su juicio sobre lo que debe recoger el Diccionario académico habrá parecido muy persuasivo, sobre todo a los

que saben que dicha obra ha sido frecuentemente vapuleada por lo mucho que en ella falta. Y aun los que no lo sepan se habrán dicho, al leer las citadas palabras: "¿Para qué se metería este americano oficioso con el Léxico académico? Más le valiera dar por muerta su pluma y sepultarla". Se me ocurre esto porque un amigo me dice que oyó decir en una reunión de la Asociación de Redactores y Traductores: "Al pobre Mac Hale lo dejó el señor Casares en el suelo y sin ganas de levantarse".

De la discusión sale la luz

Entro, sin embargo, osadamente, al palenque a defender mi opinión, seguro como estoy de que son convenientes estos torneos para la salud de los léxicos académicos. Espero que algún día —ya sé que no lo veré— los hechos me den la razón. Veamos, pues, si consigo deshacer con eficaces razones la transcrita argumentación. El lector dirá al final si entro engañado a discutir este problema lexicográfico.

Modesto repertorio

En primer lugar, se ve claramente que el señor Casares no distingue entre el término científico y culto y el correspondiente plebeyo y grosero. En ninguna otra obra científica encontramos este último cuando se trata de materias repulsivas, órganos innobles, imperativos fisiológicos, vicios abyectos, etc.; y aun en las obras literarias rara vez aparece el vocablo bajo para referirse a las mujeres frágiles, los maridos engañados, etc. Un repertorio selectivo del idioma debe prescindir de tales términos, aunque sean castizos y de rancio abolengo, si se quiere conservar su alto nivel. El Diccionario académico se precia de mirado, circunspecto y cauto; el es-

píritu que lo ha informado desde el principio, es el de la selección y el de registrar el buen uso. Como la Academia Francesa, la Española ha procurado permanecer fiel a ese principio; pero no lo ha hecho muy bien. Podría aplicársele, en todas sus partes, lo siguiente, que aquélla dice en el Prólogo de la última edición de su Léxico:

Dice la Academia Francesa:

“Elle constate et enregistre le bon usage, celui des personnes instruites et des écrivains qui ont souci d’écrire purement le français. En consacrant cet usage, elle le défend contre toutes les causes de corruption, telles que l’envahissement des mots étrangers, des termes techniques, de l’argot ou de ces locutions barbares qu’on voit sugir au jour le jour, au gré des besoins plus ou moins réels du commerce, de l’industrie, des sports, de la publicité, etc. Ainsi elle modère l’écoulement de la langue et lui permet, tout en se modifiant sans cesse à la manière des organismes vivants, de rester elle même et de garder intacts les traits qui sont sa marque et son âme. L’objet précis du Dictionnaire est de présenter l’état actuel de la meilleure langue française et fixer un moment de son histoire”.

Hay que decir bien claro, sin embargo, que la Academia Española ha hecho las cosas bastante mejor que su hermana mayor. El hecho de que en algunos casos se haya sobrepasado, que en otros no haya procedido con lógica o no haya tenido presente el significado de su lema, no invalida esa realidad. De todo esto se deduce que el Diccionario académico ha sido concebido con un criterio cauto y restrictivo, que encontramos sintetizado en el lema de la institución. Lo que nos dice el señor Casares no es aplicable, por lo tanto, a dicha obra. Es comprensible que quiera defender las espaldas del Léxico cuando alguien lo provoca con escaramuzas como las mías; pero eso no se ha de hacer sólo con sonoras palabras.

Miramiento y pulcritud

Si se quiere seguir diciendo que el Diccionario tiende a orientar el buen uso y que aspira a ser un inventario de la lengua culta; si se prefiere que continúe padeciendo de cortedad y pobreza por blasonar de circunspecto y mirado, para poder mantenerse tan engreído y enhiesto, debe eliminarse de sus páginas todo lo que contiene, que no es poco, de innecesario e indécoro. Debe procederse como lo hacía Sebastián de Cobarrubias cuando la lexicografía estaba en pañales. Del verbo a que antes me he referido, dice en su famosa obra: "Es una de las palabras que se han de excusar, aunque sea de cosa tan natural, por decencia". Más adelante, de una voz que empieza por co- observa: "Algunas cosas curiosas había de tratar en esta dicción, pero no se ha de decir todo, especialmente escribiendo en romance". Los mejores diccionaristas modernos proceden de esta manera, aunque no con tanta labia. En los grandes léxicos ingleses leemos con frecuencia, aun de palabras menos groseras: "Not in decent use".

Diccionario selectivo

Un diccionario selectivo debe prescindir de tales voces y dejar también fuera las expresiones plebeyas y los dichos y refranes groseros. Todo esto debe encontrar acomodo únicamente en un léxico total. El lector dirá que ésa es una opinión; ahora verá si tiene o no fundamento. Voy a defenderla ni más ni menos que con palabras del señor Menéndez Pidal, Director de la Academia Española, ante cuyo saber todos nos inclinamos respetuosos. En el primer prólogo del diccionario VOX, 1945, nos dice, en la página XV, lo siguiente:

"... No se tiene en cuenta el doble sistema de construir un " diccionario; el de la Academia es selectivo, y teniendo esto en

“ cuenta, más bien hay que censurarle por tener la manga ancha, “ pues incluye multitud de localismos y arcaísmos”.

Que dicho diccionario tiene en muchos casos la manga ancha lo he probado en años pasado hasta la saciedad, como también que en otros la lleva muy estrecha. No consigue mantenerse en un justo término medio. Y sobre esto de lo que deben incluir sus páginas, un académico muy distinguido expresó años ha un juicio asaz peregrino en una obra titulada *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro Léxico*. En 1941 prologó su autor, Don Francisco Rodríguez Marín, el libro *Nuevo concepto del Diccionario de la Lengua* del señor Casares, y en la página 13 se desahoga con las siguientes palabras de las críticas de que su juicio fué objeto:

“Cabalmente, con una parte de ese caudal remansado, vivo y “ palpitante, no sólo en el habla de los campesinos españoles, sino “ también en la del pueblo hispanoamericano, nos afrontan y has- “ ta nos afrentan tal o cual vez, en sus discursos y vocabularios, “ gentes engreídas de allá, que se ufanan de serles propio y como “ vernáculo ese lenguaje, añejo y generoso como el buen vino, sien- “ do así que sus antepasados lo aprendieron de nuestros valerosos “ descubridores y conquistadores...”

Deleznables variantes

Y sigue así el señor Rodríguez Marín, defendiendo con hermosas palabras, pero enteramente desprovistas de base científica, la inclusión de cosas como *reubarbaro*, *reubarbo*, *cocorrón*, *desgusto*, *amidón*, *ejambre*, *estrépitú*, *fantástigo*, *flamingo*, *imbécilo*, *resollo*, *salchiche*, *sospiro*, *urinar*, *acenoría*, *cenoría*, *cenaboria*, *cemiterio*, *cemeterio*, *ciminterio*, *cimiterio* y muchas otras no menos despreciables. No son éstas, a la verdad, voces indecorosas, sino formas indecorosas —desde el punto de vista de la selección y el buen uso— de palabras corrientes; pero cito el caso para probar que

conviene meditar muy seriamente sobre lo que se debe y lo que no se debe incluir en el Diccionario Oficial.

Rebatí en las páginas 126 y 129 de mi ya citada obrita la opinión del señor Rodríguez Marín y estaba muy lejos de mi ánimo molestar al ilustre paremiólogo —tal vez no sea el único que lo ha criticado desde este lado del mar—; pero la verdad está por encima de todo, aún cuando se escribe con mano enguantada, pues de otra manera nunca se disiparían las tinieblas lexicográficas. Prueba de que no iba yo descaminado en lo que el señor Menéndez Pidal nos dice en la misma página del citado prólogo:

“Una gran parte de esos millares de voces no debe tener entrada en un diccionario selectivo, porque son neologismos sin arraigo ninguno en el idioma. Tanto Rodríguez Marín como el P. Mir participaban de la creencia, muy extendida entre los eruditos, de que todo lo que se escribía en el siglo XVI era castizo y bien autorizado”.

Pero volvamos a lo indecoroso, que es nuestro tema principal. Cualquiera que no me conozca y sólo haya leído el libro del señor Casares, habrá posiblemente deducido de la expresión “remilgos de doncella”, que viene más adelante, que soy uno de esos sujetos que no alzan los ojos del suelo y a quienes les salen los colores a la cara cada vez que oyen una incivilidad. El remilgado no soy yo, sino el Diccionario. ¿Quién puede negar que es, en general, sumamente melindroso y mesurado? Yo sigo en mi punto de vista: el Léxico académico es el guía de todos nuestros diccionaristas —los más lo copian al pie de la letra, los competentes toman de él lo que tiene de bueno—; por lo tanto, debiera pensarse que si para esta clase de obras hay una urbanidad léxica, conviene recapacitar sobre lo que es catalogable y lo que es despreciable. ¿Estamos?

Hiperbospitalidad

Si consideramos, pues, que el Léxico Oficial es de los que llamamos selectivos, sin duda sobran en él, entre otras cosas y además

de los localismos y arcaísmos de que nos habla el señor Menéndez Pidal, las voces de germanía de que me ocupó en otro escrito y las voces, dichos y refranes groseros que ahora critico. Bueno será que repita aquí lo que allí dije: y es que hay un principio elemental de lexicografía, respetado por todos los buenos diccionaristas, según el cual no deben ingresar en los léxicos ni las voces de las lenguas secretas ni las gruesas incivilizadas.

Respecto a lo censurable, hay que decir que por suerte el Diccionario no registra más que una parte de toda la opulencia que la lengua tiene en el terreno de la demasia y el descoco; pero nadie puede negar que con frecuencia se escurre en diversos sentidos. No sólo se admiten palabras y expresiones indecorosas, sino que a veces al definir se pasa de la raya el lexicógrafo y se coge los dedos por no saber dónde detener la pluma. La realidad es que no se tiene presente el lema de la institución, que le indica que en la labor de selección para un diccionario que se desvanece en elegancia y finura, se ha de tener depurado gusto estético.

Exceso de detalles

Las definiciones son algunas veces graciosas, es cierto, pero impropias de un diccionario como el que nos ocupa. Parece que el definidor tiene a veces el prurito de alargarlas e insistir en pormenores innecesarios, como ese de que el perro suele alzar una de las patas posteriores para orinar, particularidad que no menciona ninguna enciclopedia, ni aún las obras que tratan de la raza canina. Otro tanto ocurre en el sustantivo *pedo*. Si decidió la Academia catalogar esta palabra y sus derivados, debió haberse definido aquella con más mesura. Se le hace así: "Ventosidad del vientre que se expele por el ano". Varios diccionaristas han visto la tontería y suprimido las palabras *del vientre*. Pero está visto que cuando las cosas son laberínticas, oscuras o dudosas, los lexicógrafos parecen disfrutar insistiendo en los detalles innecesarios. Uno muy conocido

y famoso ya, notó que si era del vientre la ventosidad tenía forzosamente que seguir el camino indicado, pero no resistió al deseo de explicar y dar más detalles y le pareció conveniente agregar que es ruidosa.

¿Qué cómo definiría yo? Es cierto: no basta criticar; hay que indicar el remedio. Pues lo haría sencillamente así: Expulsión de aire o gas intestinal. A mí me parece que basta con registrar la voz ventosidad y dejar la otra y algunos de sus derivados para el léxico total. *El Webster International Dictionary* y el *Standard English Dictionary*, que registran más de cinco veces el número de las que tiene el *Léxico Oficial* (que no llegan a 75,000), no incluyen las correspondientes, y el *Oxford Dictionary*, que es un léxico total o histórico, de la que acogió dice: "Not in decent use".

Seriedad sin gravedad

No es mi propósito hacer reír al lector con las chuscadas que cito más adelante, pues me propongo tratar el tema con seriedad y altura de miras, aunque no, fuerza es confesarlo, con cara de viernes. Tampoco puedo negar que las picardías del *Diccionario* me distraen y hacen pasar el rato, pero lo que me interesa hacer constar es que de sus flaquezas saco fuerzas para tratar de mejorarlo. Prueba de que esto es lo que persigo puedo dársela al lector diciéndole que si mi ánimo fuera gracejear, traería a cuento cosas aún más curiosas que dejo en el tintero. No quiero, sin embargo, aparentar esa misteriosa actitud llamada gravedad, inventada para cubrir la endeblez de entendimiento.

De lo que digo no se ha de deducir que es tan gracioso el *Diccionario* que valga la pena adquirir un ejemplar para divertirse. El que tal cosas hiciese, se llevaría gran chasco; encontraría que no está hecho de sal y le parecería pesado, engorroso, inadecuado para sus necesidades y caro. El número de vulgaridades que en él encontraría no es copioso; lo que ocurre es que resulta insólita la pre-

sencia, en un diccionario que afecta compostura y cautela, de algunas palabras y otras cosillas que no cuadran con esa aspiración.

En algunos casos, y esto es aún más censurable, parece que se trata de generalizar el empleo de una grosería poco extendida. En la segunda columna de la página 368 (última edición) aparece con la definición de "partes pudendas de la mujer" una palabreja a la que ni siquiera se ha puesto una indicación respecto su uso, limitado por cierto al lenguaje chabacano de unos pocos lugares. Por suerte el lexicógrafo no se metió en este caso a etimologizar.

Sabido es que la última parte del intestino grueso se llama *recto*. En el artículo correspondiente del Diccionario es la última acepción, la octava. Aparentemente se la ha considerado demasiado científica, o tal vez, poco expresiva, y se trata de generalizar otra. En la página 216 encontramos lo siguiente: *Cagalar* (de cagar) *m.* Véase *tripa del cagalar*. ¿Es necesario decir que esta vulgaridad ha sido suprimida por varios lexicógrafos?

Poca discreción

El número de voces, acepciones y frases hechas que faltan en el Diccionario es enorme comparado con el de las tonterías, las vacuidades y lo descomedido que en él sobrase. Veamos algunos ejemplos. Si examinamos el sustantivo *risa*, se nos baña al principio el corazón al encontrar las bonitas expresiones *caerse de risa*, *descoyun- tarse de risa*, *desternillarse de risa*, *descalzarse de risa*, *desperecerse de risa*, etc., y como si estas y otras no fuesen suficientes, se agregó más abajo *mearse de risa*. Bien sabemos que la expresión es corriente, pero no es menos cierto que hay muchas otras cosas más dignas y frecuentes que no aparecen. Varios diccionarios la han suprimido, el VOX, por ejemplo. Estas cosas me hacen reventar de risa. Ahora estoy diciéndome: ¡Ay qué risa, doña Luisa! Que el verbo les gustaba a los compiladores, parece indudable, pues aparece por todos lados, entre otros en el sustantivo *biga*: *Mear clara y dar*

una diga al médico; en el sustantivo gallina: cuando meen las gallinas; en el sustantivo: No son todos hombres los que meen en pared. No tengo tiempo para agotar el tema, pero algo probarán los ejemplos que pongo.

Refranes chulos

Desde el principio el *Léxico académico*, a diferencia de los buenos diccionarios de igual clase de otras lenguas, viene registrando innumerables refranes que ocupan precioso lugar. No por ello hay que dar sentencia definitiva contra el hecho, pues es comprensible que la Academia no haya querido despreciar ese enorme caudal de doctrina popular que vive en todos los niveles de la sociedad. Lo que no es perdonable es que se haya hecho tan mal la selección. Es verdad que se dice *Quien no castiga culito, no castiga culazo*; pero hay muchas otras cosas no menos ciertas, pulcras, graciosas y amenas que brillan en el *Léxico* por su ausencia. Poco más abajo, después de la definición de *culo de pollo* y *culo de vaso*, se dice que *a culo pajarero* significa con las nalgas desnudas, y a renglón seguido se explican minuciosamente los significados de *Dar uno con el culo* (o *de culo*) *en las goteras*, *Ser uno el culo del fraile* o *Que la pague el culo del fraile*, *Quitósele el culo al cesto* y *acabóse el parentesco* y *Quien mucho se abaja, el culo enseña*. ¿Estamos aquí o en Jauja? . . . Y como si toda esta chulería y desenfado no fuese suficiente, en el suplemento de la última edición se agrega un dicho más para este grupo.

En la página 1,051 se da de *puto* (palabra que Toro y Gisbery, Gili Gaya y otros han suprimido) una definición abiertamente descabellada (corregida en el *Diccionario manual* después del vapuleo que le dí en 1934) y el lexicógrafo debe de haber tenido hambre y sed de ilustrarla con un ejemplo, y puso: *A puto el postre*. Mientto; puso dos: la otra es ¡*Oxte, puto!* ¡Y las dos aparecen como co-rrientes y molientes!

Y poco antes encontramos estos otros: *Ayer putas, hoy comadres; Puta la madre, puta la hija, puta la manta que las cobija*. Estos sí que son corrientes; pero ¿no es verdad que son poco edificantes? ¿No cuadrarían mejor con el refinamiento a que aspira el Diccionario, por ejemplo, estos otros?: Dejemos padres y abuelos, pero nosotros seamos buenos; Padre no tuviste, madre no temiste, diablo te hiciste. No estoy recomendando la sustitución, sino probando que hay en la paremiología cosas más edificantes y útiles que muchas groserías, antiguallas y soserías del Diccionario. Se ganaría en espacio suprimiéndolo todo ello, pues para los refranes tenemos obras especiales, y entonces se podrían incluir algunas por lo menos de las voces, acepciones, modismos y frases hechas que a cada trique echamos de menos.

Pésima selección

El hecho de que estas palabras, expresiones y refranes hayan aparecido en obras literarias y sean "casticísimas y de rancio abo-lengo" puede justificar su presencia en un léxico total; pero en manera alguna en uno tan exiguo, selectivo y empingorotado como el vulgar de la Academia. Lo que digo es que se ha hecho la selección con la cabeza, si consideramos lo mucho bueno y útil que se ha dejado fuera. ¿Son tan despreciables, entre muchas otras, las siguientes expresiones?: *a la deriva, en broma, por chiripa, con campanillas, con la mosca a la oreja, como el perejil a los loros, casarse por detrás de la iglesia, ¡Cierra España!, buscar camorra, busca que te busca, buscar la clave, buscar una perla en el mar*, etc. No son muy buenas estas últimas; pero mejores, me parece a mí, que *a buscar la cagada del lagarto*, expresión que según el Diccionario se emplea para despedir a uno con desprecio. La expresión es la que merece ser despedida con desprecio.

¿Por qué no reír?

Y al leer todo esto es posible que el lector se diga que aparentemente estas flaquezas del Diccionario me regocijan. Dos reacciones diferentes me producen: por un lado una de pena, aunque sin suspiros y lágrimas, al ver aquí una prueba más de lo mucho que falta por hacer para levantar el nivel del Diccionario que sirve de guía a todos los demás; por otro, una de hilaridad al encontrar esas palabras y dichos inciviles y arrabaleros en un léxico tan remilgado y finústico como el académico. Y no creo que sea ergotizar si recuerdo a ese supuesto lector que sin poder evitarlo se ríe cuando ve que alguien tropieza y cae ridícula y aparatosamente. Por la misma razón a mí me causan risa los tropiezos y caídas ridículas de los lexicógrafos. Por otra parte, siempre es mejor *castigare ridendo*.

Palmaditas, no palmetazos

Los que averiguamos las deficiencias y errores de los diccionarios somos contados y supongo que las reacciones que sus deficiencias nos producen no son siempre las mismas. Otros habrá, posiblemente, que al descubrirlas en uno determinado, lo apartan de sí despreciándolo. Tratándose del Diccionario Oficial, yo tomo invariablemente la pluma cada vez que veo en él un desliz; pongo por escrito mi observación y pronto va la papeleta a ocupar su correspondiente lugar en el fichero. Me parece que al hacer esto procedo como el que procura despertar a un amigo al pecado dándole palmaditas en la espalda. Por haber aprendido en él muchas cosas, en medio de sus vaguedades y traspies, le tengo verdadero cariño y lo considero mi mejor amigo. Con esta extraña afición de escrudriñar en sus páginas, he pasado buenos ratos en su agradable compañía y hasta olvidado sinsabores y pesadumbres.

¿Estoy critiquizando?

Por otra parte, mirando las cosas placenteramente, espero hacer menos áridas estas lucubraciones. Pensando que es difícil que la crítica sea justa si es agria, he procurado evitar los juicios apasionados y los conceptos descomedidos. Como he defendido al Diccionario y sostenido que todos los diccionaristas tienen con él una deuda de gratitud, me parece que no procedo como el vate fracasado en el campo de las musas que, dedicado después a la crítica, encuentra malo todo lo que producen los poetas. Es cierto eso de que el vino flojo e insípido es el que produce el mejor vinagre.

Lentitud desesperante

¿Que si compensan los esfuerzos que los aficionados a estos achaques hacemos por mejorar esa obra? ¡Ay! esto es como buscar miel en la picada de la abeja. La verdad es que el resultado de nuestros afanes no lo llegamos a ver o lo vemos, cuando más, en parte insignificante. La crítica lexicográfica, además de ser posiblemente la más erizada de espinas, es uno de los ministerios menos provechosos. En un tiempo creí que era absurdo poner tanto esfuerzo en servicio del Diccionario, pero al correr de los años ha cambiado mi modo de pensar. Es cierto que las mejoras que he visto son mínimas; pero me han alentado los comentarios que han merecido mis trabajos, entre otros los del señor Casares, y la acogida que han tenido entre los aficionados a estas disciplinas.

La mejoría del Léxico de una edición a otra es poco perceptible: unos cuantos centenares de vocablos nuevos, casi siempre tardíos, unos cuantos sustantivos corregidos, sobre todo si el crítico se fué ya de este mundo, etc. No se ha hecho labor lexicográfica constante y metódica, única manera de dar salud al enfermo. Esto es precisamente en lo que hay que reaccionar y parece que la Academia ve la necesidad de hacerlo.

Diversidad de léxicos

En los tiempos pasados los lexicógrafos compilaban sus diccionarios observando las palabras que consideraban dignas de figurar en ellos, principalmente desde el punto de vista literario, y se trataba de "fijar" la lengua dentro de ciertos límites. Hoy día se consideran los fines que se persiguen y hacen diccionarios de muchas clases. Desde el punto de vista de la lengua se distingue entre diccionarios selectivos y diccionarios totales, cuyos fines están claramente indicados. Los primeros, que son los que nos interesa considerar, tienen carácter normativo y didáctico, ya que están destinados a correr en manos de gente que necesita orientación y disciplina lingüística; los segundos, destinados a ser hojeados por investigadores, especialistas, profesores, etc., son inventarios de todo el caudal idiomático, cualquiera que sea el origen, valor o ejecutoria de las palabras, acepciones, etc., y se compilan con absoluta despreocupación de purismo, procedencia, etc. Modelo de esta clase es el *Oxford Dictionary*, que consta de quince volúmenes en cuarto mayor y cuya publicación culminó después de setenta y cinco años de paciente labor. La Academia tiene uno en preparación y espera terminarlo en unos treinta años, según cálculos del señor Casares.

¿Es esto paralogismo?

Diciéndonos la Academia, como nos lo dice en su lema, que propende a desnatar lo mejor de la lengua para la edificación idiomática de nosotros los comunes mortales, y siendo su Diccionario, como lo es, selectivo en grado máximo, se cae de su peso que hay que depurar la pésima selección que se ha hecho. Es irrefutable que si se dejan fuera tantos vocablos, acepciones y expresiones de la literatura, de la ciencia, de la técnica, del comercio, de las artes y de la vida diaria culta, no será mera sofistería esto de pedir que se destierre de él lo que es desdoroso, bajo y despreciable.

Labor poco meditada

El Diccionario Oficial es la continuación, periódicamente revisada, del primer Léxico, en seis tomos, publicado en el siglo XVIII. La revisión de las diecisiete ediciones publicadas ha estado sujeta a la tendencia conservadora de la institución, cuyo lema la ha obligado a presentar una obra de carácter normativo y encopetado; por otra ha tenido que penar de la falta de una labor metódica y constante y de tarde en tarde sufrir de iniciativas poco meditadas. Ejemplos de estas últimas podría dar varios, como la catalogación de estos refranes que critico y la sanción concedida hace pocos lustros, por un académico bien intencionado pero poco avisado, a un sinnúmero de voces americanas que creía americanismos generalizados, pero que apenas merecen el nombre de localismos.

¿Examen de conciencia?

A juzgar por las manifestaciones que aquí y allí hacen los académicos que más se interesan por la suerte del Diccionario, entre los que descuella el señor Casares, parece que la Academia está en vías de entrar en cuentas consigo, que la crítica influye en la opinión de sus miembros y que muchos han llegado a convencerse de que es indispensable medicinar las dolencias del Léxico. Ojalá no me equivoque en mis apreciaciones y no esté poniendo esperanzas en el aire.

Nuestra esperanza

Además de ser el señor Casares quien más se ocupa del Diccionario, por razón precisamente del puesto que ocupa, es uno de los que mejor conocen sus deficiencias. De él es, pues, de quien más puede esperar la salud de la obra. Nos parece que está abierto a

todas las ideas nuevas y que hoy desecha el excesivo dogmatismo de algunas de sus afirmaciones, como la relativa a la germanía, y los juicios que en el pasado emitió sobre la catalogación alfabética.

En su obra *Introducción a la Lexicografía Moderna* (1950) hace ya clara distinción entre diccionario selectivo y diccionario total o "exhaustivo", palabra esta última que también emplea el señor Menéndez Pidal en 1945. En la página 303 de la mencionada obra, al tratar de los americanismos, dice el señor Casares:

"Y lo que tenía de justificada (la crítica) obedecía a las mismas causas que indujeron a error a los lexicógrafos americanos: si éstos se habían fiado sin cautela de nuestro Diccionario, nosotros nos habíamos fiado igualmente de los vocabularios redactados por ellos; si ellos habían olvidado que el Diccionario académico es por definición y por tradición selectivo y circunspecto, nosotros no tuvimos presente que los repertorios americanos aspiran a ser exhaustivos y no a merecer fama de escrupulosos".

Esta y otras manifestaciones del señor Secretario Perpetuo de la Academia me dan ánimo para probar nuevas manos lexicológicas en favor del Diccionario. En las palabras trascritas veo el reconocimiento tácito de lo que vengo diciendo desde hace años. Y sobre todo me alienta la esperanza de que el concepto que los señores Menéndez Pidal y Casares tienen de lo que debe ser el Diccionario, pese en la Academia en tal forma que sus recetas y consejos curen las dolencias de la obra.

Hay que mejorar imitando

Los organismos que dentro y fuera de la Academia se han formado para el estudio de los problemas lexicográficos nos permiten reparar que la docta corporación se dejará de labores esporádicas y que en lo futuro se trabajará constante y científicamente. Quienes hoy se preparan en el Seminario de Lexicografía que ya funciona en la Academia, deben dedicar atención especial a la forma en

que han sido construídos los buenos diccionarios publicados en Inglaterra, Alemania y este país, además de tener muy presentes los principios y preceptos de la lexicografía moderna al realizar el trabajo de revisión y renovación. Si se hace verdadera labor lexicográfica al preparar la edición décimoctava, encontraremos algún día en ella todo lo que en el actual Diccionario falta y lo veremos libre de todo lo oneroso que hace de él una obra pesada, indigesta, engorrosa e inadecuada para los fines a que está destinada. *Opus artificem probat.*

Nueva York, enero de 1953.